

## Un nuevo Obispo.

El día 17 del pasado Marzo, ha sido preconizado en Roma, por S. S. el Sr. Leon XIII, tercer Obispo de Veracruz, el Sr. Lic. D. Ignacio Suarez Peredo, Arce-diano de aquella S. Iglesia Cat-dral. Este Señor, hermano del Illmo. Sr. D. Francisco, primer Obispo de la misma Diócesis, perteneció al O. ratorio de San Felipe Neri de Puebla, fué cura del Ingenio, cerca de Orizaba, y en el año de 1864, recibió el nombramiento de Secretario de aquella Sagrada Mitra, recientemente erigida.

Felicítamos cordialmente á la Diócesis de Veracruz por haber terminado su larga orfandad; y hacemos votos por el mayor acierto en el desempeño de la ardua y espinosa tarea que impone al nuevo dignísimo Prelado su augusto ministerio.

## EL CAZADOR DE VENADOS.

*Hecho histórico declarado auténtico por el mismo Illmo. Sr. Arzobispo de Michoacan á quien acaeció.*

## I

En aquella abrasada zona que con el nombre de *Tierra caliente* atraviesa á México de O. á P., hay un pueblo llamado Huetamo, distante unas sesenta leguas de Morelia, capital de Michoacan. Tiene Huetamo á lo sumo cinco mil habitantes, y es, sin embargo, en aquella comarca, la ménos poblada de México, capital de todos los pueblos y rancherías de veinte leguas á la redonda. Multitud de alimañas, que un calor de treinta grados, aún en invierno, multiplica asombrosamente; calenturas constantes, fiebre amarilla y otras enfermedades indígenas como el *buche* y la *quirigua*, alejan á los hombres de aquella grandiosa comarca, rica cual ninguna, como de un paraíso inficionado en que no les es dado habitar. La flora y la

fauna son en ella exuberantes en grandiosidad y belleza: rios caudalosos la cruzan; bosques enteros de palmeras, plátanos y árboles frutales la cubren, alternando con espesas selvas de maderas preciosas, entre las que abunda sobre todo el rico palo de tinte. Allí se encuentran esas aves de riquísimo plumaje, que se disputan la ciencia y la moda, la una para sus gabinetes, la otra para sus caprichos; allí se encuentra igualmente caza de todo género, desde la liebre, hasta el leopardo; desde el venado, abundante en extremo, hasta el yaguareté ó gran pantera americana, de manchada piel y ferocidad solapada y astuta. Y en medio de aquel ostentoso lujo de la naturaleza, escondidas en las entrañas de aquella tierra inhospitalaria, cual si malignos gnomos las hubiesen sepultado allí para burlarse de la codicia humana, encuéntranse también ricas minas de hierro, de cobre, de plata... que ni aún las largas uñas de Jonathan, el gran farsante republicano, han podido desenterrar.

La ociosidad, que fomentan y disculpan la feracidad del suelo y lo caluroso del clima, es el vicio general de aquellos pobres indígenas, descendientes en su mayor parte de antiguos colonos andaluces y extremeños. No son, sin embargo, astutos como la mayor parte de los pueblos indolentes, cuya dulzura habitual les sirve para disimular, cuando es necesario, hasta la misma cólera. Son por el contrario, sencillos, hospitalarios, generosos y tan valientes y aguerridos cuando se irritan y riñen, que no son más temibles las garras de los yaguaretés de sus bosques, que el afiladísimo machete, ó especie de alfanje morisco, que manejan en sus peleas con sin igual destreza. Jugar el machete como ninguno, es, según su frase, la mayor gloria á que aspiran aquellos infelices; y cuando en los sagrientos combates en que se disputan esta palma, es solo un brazo el que cae á la violencia de un tajo, suelen decir los testigos con la mayor frescura, mirándose entre sí con aire chasqueado:

—¡Ah, compá... que tarugá, le jerró!

A fines de 1868 llegó á la Parroquia de San Juan de Huacana, el Arzobispo de Michoacan, Illmo. Sr. D. José Ignacio Arce: visitaba el Prelado por primera vez aquella parte de su diócesis, y el entusiasmo con que fué recibido por aquella pobre gente rayaba en delirio. A bandadas bajaban hombres y mujeres de los montes; salían de entre las breñas á pié y á caballo, y con una alegre algazara que tenía mucho de infantil y no poco de conmovedora, corrían á saludar al Arzobispo, ofreciéndole cada cual, según su costumbre, algún presente de valor exorbitante para su mucha pobreza.

—Por ahí le truje á su mercé una mancuerna de baquillas...

—Y yo le truje una yunta de toros,—decía otro.

—Y yo una potranca novata,—añadía un tercero.

A todos recibía el Arzobispo con afecto de padre, admirando aquella espontánea generosidad, prueba convincente de que la gratitud y el cariño jamás se encierran en el corazón ni se limitan á hueca palabrería; sino que, como el saltadero del agua, tienden á brotar en raudal puro y fecundo, y á manifestarse con la elocuencia de los hechos, aun á costa de grandes sacrificios. Porque grandes sacrificios representaban, en efecto, los modestos dones que aquella pobre gente presentaba á su Prelado, y que éste no se atrevía á aceptar por compasión á tanta pobreza, ni á rechazar tampoco á tanta generosidad, que harto comprendía su superior espíritu, que el modo más delicado de agradecer un obsequio sincero, es aceptarlo sinceramente. Determinó alcabo no recibir aquellos dones que tantas privaciones representaban, y para que no atribuyesen á desaire su negativa, pidióles en cambio algunas frutas del país: viéronse entonces llegar en tal abundancia las cargas de cocos, naranjas, sandías y frutas de todas clases, que no bastaba para contenerlas, un vasto aposento que se designó al efecto.

Hallábase un día el Arzobispo en el confesionario, según solía hacer en sus visitas,

para administrar el Sacramento de la Penitencia á los adultos que habían de recibir luego el de la Confirmación. Entre la multitud de penitentes que le circueja, vió á lo lejos un pobre tullido que pacientemente esperaba su turno: llamóle al punto el Prelado para ahorrarle las molestias de tan larga espera, y comenzó á interrogarle, como tenía de costumbre, á causa de la suma ignorancia de la doctrina cristiana en que yace sumida aquella pobre gente, por razón de grande escasez de clero en toda la comarca.

—¿De dónde eres?—le preguntó el Arzobispo.

—Padrecito,—contestó el tullido, con ese mimoso lujo de diminutivos propio de los americanos:—de un monte que dista de aquí más de quince leguas.

—Y cómo has venido?

—Atravesado en un mulo, Padrecito.

—¿Qué estado tienes?

—Viudo, Padrecito; con dos hijitas ya casaderas.

—¿Y cuál es tu oficio?

—Cazador, Padrecito.

—¿Cazador, tú!—exclamó el Arzobispo estupefacto, sin poder contener la risa.

—Sí, Padrecito,—respondió muy formal el tullido.

—¿Pero qué es lo que cazas?...

—Cazo venados, Padrecito.

—¿Venados?... ¡Vámos hombre; eso no puede ser!—replicó el Arzobispo entre risueño y enojado, por creer que se las había con un tonto ó con un pícaro.

Mas sus dudas se desvanecieron y la curiosidad más viva se apoderó de su ánimo, al ver que encogiéndose de hombros el tullido, añadió con la sencilla convicción del que posee la clave de un enigma:

—No sería ciertamente, si mi Padre Dios no me ayudase.

Sorprendido el Arzobispo de tan sencilla como profunda respuesta, rogó al tullido que le refiriese minuciosamente su género de vida.

—Pues mire su mercé,—contestó el tu-

llido con la misma— sencilla calma: como he dicho antes, soy viudo hace muchos años, y no tengo más familia que mis hijos. . . . Paso los días que el Señor me dá de vida, de este modo: al levantarme por la mañana, digo una oracion á mi Padre Dios; almuerzo lo que mis hijas me tienen ya preparado, y arrastrándome despues como puedo, salgo al campo con mi carabina. . . . A los pocos pasos que he andado fuera de mi casa, ya mi padre Dios me tiene un venadito como se lo he pedido en mi oracion. . . . Lo mato, vienen mis hijas, lo llevan á casa, y con la carne y los cueros, que mandamos vender, nos mantenemos ha muchos años.

Maravillado el Arzobispo, así de lo que decía el tullido, como de la sencilla ingenuidad con que lo relataba en su inimitable y pintoresca jerga, le instó á que dijera la oracion en que diariamente pedía el venado, á aquel Dios que con verdadera confianza de hijo llamaba siempre su Padre.

—¡Eso no haré, Padrecito; eso no haré! replicó vivamente el tullido.

—¿Pero por qué?

—Porque me dá vergüenza.

—Pero hijo mio, ¿no dices esa oracion delante de tu Padre Dios? . . .

—¡Ah! sí, Padrecito; pero mi Padre Dios. . . . Vámos, mi Padre Dios, es otra cosa. . . .

—Mira que yo te ruego que me la digas. . . . ¿Por qué no has de darme ese gusto. . . .

—Padrecito haré todo lo que su mercé me mande; pero eso nó, porque me dá mucha vergüenza.

—Pues eso es lo que ahora te pido. . . . Vámos, hombre, dame gusto; que eso no debe avergonzarte.

—Pero, Padrecito si esa oracion no la he aprendido en ningun libro, ni me la ha enseñado nadie. . . .

—Sea como fuere. . . . Dila.

—Pues mire, Padrecito, porque vd. no me lo tome á desaire se la diré. . . . Cuando me pongo, pues, de rodillas, á la mitad

de mi jacalito, le digo á mi Padre Dios. . . ¡Hé, Padre Dios! . . . Tú me has dado estas hijitas que tengo, y tambien tú me has dado esta enfermedad que no me deja andar. . . . Yo tengo que alimentar á mis doncellitas, porque ellas no han de ir á ofenderte. . . . Ea, pues, Padre mio, pónme aquí cerca un venadito, donde yo lo pueda matar, y así quedará socorrida esta pobre familia. . . .

El Arzobispo le escuchaba absorto, como si el Príncipe de la Iglesia aprendiese del infeliz tullido, y éste sin reparar en la admiracion de aquel, concluyó sencillamente.

—Esta es la oracion, Padrecito. . . . Y cuando la he dicho, salgo al campo seguro de encontrar lo que he pedido á mi Padre Dios, y lo encuentro siempre. . . . Y en veinte años que llevo de estar enfermo, nunca me ha faltado este socorro; porque mi Padre Dios es muy bueno. . . . muy bueno. . . .

## II.

¿Os asombra este prodigio? . . . . Dudais acaso de él, recordando que tambien vosotros pedís á Dios bienes y no os los concede? ¿Remedios y no os los dá? ¿Auxilios y no os los presta? . . . . Quizá el mismo tullido pueda daros tambien la clave del misterio. . . . Oid al mismo Arzobispo de Michoacan, que os dirá al oído muy bajo, pero muy bajo, quizá por no avergonzaros, que aquel pobre semi-salvaje de los bosques de América, invocaba á su Padre Dios desde el fondo de un corazon perfectamente resignado, que levantaba hácia El, como encarga San Pablo, sus *manos puras*, puras. . . . Tan puras que en los veinte años que llevaba de enfermedad, era su mayor falta haber apaleado á un perro, que le estaba comiendo un cuero de venado.

Con esto cesará á vuestros ojos el prodigio, porque no es prodigio que Dios cumpla lo que promete. El prodigio grande sería que dejara de cumplirlo. *Non vidi justum derelictum, nec semen ejus quarens panem.*

# DOCUMENTOS ECLESIASTICOS.

IMP. DE N. PARGA.

RESP., TOMAS GONZALEZ.

TOM. V.

GUADALAJARA, MAYO 8 DE 1887.

NUM. 33.

## SECCION III.—Variedades.

### FIESTA GUADALUPANA

DE LA MITRA

### DE GUADALAJARA.

Espléndida y conmovedora, magnífica y brillante. En estas breves palabras se resume todo, en sencillas expresiones se condensa el lujo de primorosos detalles que formaron la festividad religiosa dedicada á María Santísima de Guadalupe por la Arquidiócesis de Guadalajara, el domingo 17 de Abril de 1887.

Un torrente de luz vertido por centenares de bujías de cera que ardan con vivida llama en las arañas del templo, quebraba sus ardientes resplandores en la pulida superficie de los soberbios mármoles de la Basilica, en los macizos barandales de plata de la crugia y en los múltiples marcos y bajo-relieves de oro que hacen de la Colegiata una verdadera joya, valiosa y artística, que sirve de terrenal morada á la amantísima Madre de los mexicanos. El conjunto de las luces era hermoso y deslumbrante.

Primorosas guirnaldas adornaban la crugia y barandilla del presbiterio en bien combinada disposicion, guirnaldas tejidas con pintadas rosas, con aterciopelados pensamientos, con fragantes y púdicis violetas, con rojos geranios, y unidas como con un broche de irreprochable blancura, con gruesos ramos de gallardas azucenas que llenaban de encanto la vista.

Revestido con su traje de Príncipe de la Iglesia mexicana, el Ilmo. y Rmo. Sr. Arzobispo de México Dr. D. Pelagio Antonio Labastida, bajo el rojo y dorado docel, el sitio correspondiente á su elevado rango, distinguíase honrando con su presencia la fiesta de la Mi-

tra de Guadalajara. En otro sitio, el Ilmo. Sr. Fray Ramón Moreno, Obispo de Augustópolis, hijo de Jalisco, tomaba parte en tan brillante solemnidad, acompañado de los respetables señores capitulares de la Catedral de Guadalajara, D. Florencio Parga, orador renombrado. D. Guadalupe García, D. Rosalfo Ayala y D. Telésforo Medrano, siendo el segundo quien cantó la misa, diaconando los dos últimos señores canónigos acabados de mencionar. Asistieron tambien muchos Sres. Curas y Sacerdotes de la misma Arquidiócesis.

Concluido el Evangelio, y despues de recibir la bendicion del Ilmo. Sr. Arzobispo, quien concedió ochenta días de indulgencia á los fieles que oyésen devotamente el sermón, ocupó la Cátedra del Espíritu Santo el Canónigo D. Florencio Parga, dignísimo miembro del Cabildo de Guadalajara y de la respetable colectividad que vino en representacion del Ilmo. Sr. Arzobispo de la misma Arquidiócesis.

He ahí algunos datos de la festividad que la Arquidiócesis de Guadalajara dedicó á nombre de todos sus fieles, á la excelsa Madre de los mexicanos. En ella estuvimos todos representados y como si allí hubiéramos estado presentes, la Inmaculada Guadalupe recibió nuestras oraciones, oyó nuestras súplicas y ella nos protegerá y nos dará el consuelo.

Inmensa es nuestra alegría al ver que año por año va creciendo más y más el culto á la Virgen del Tepeyac. Cada día que pasa crece en nuestros corazones el amor hácia Aquella que quiso distinguirnos de las demás naciones. Profunda debe ser nuestra gratitud á la Virgen de Guadalupe, porque nos ha concedido la gracia de tributarle nuestras alabanzas, de rendir á sus piés nuestros corazones, prueba inequívoca de que á pesar de nuestros grandes pecados no nos desampara y siempre será nuestra Madre.